



Stalin

La publicación en Italia del libro de Domenico Losurdo *Stalin. Storia e critica di una leggenda nera* –publicado recientemente en El Viejo Topo con el título *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*– desencadenó una larga y agria polémica, y no sólo en los medios intelectuales y periódicos de la izquierda. Una polémica que se inició con la publicación en *Liberazione*, órgano oficial de Rifondazione Comunista, de una reseña del libro, reseña que desató la airada protesta de un numeroso grupo de redactores del propio periódico. A partir de ahí, se produjeron muchas

intervenciones, a favor (con matices) y en contra (en general sin ellos) del texto de Losurdo.

Aquí hemos reunido algunas de esas intervenciones; otras pueden encontrarse aún en la red. El debate ha sido rico y vibrante, imposible recogerlo con amplitud en las páginas de esta revista, por razones obvias de espacio.

En cualquier caso, sean cuáles sean los *a priori* con que se aborde un asunto que se ha revelado espinoso, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra* merece ser leído y debatido también en España.



La polémica en la izquierda italiana

1. El comienzo

Reseña de Guido Liguori

***Liberazione* 10/04/2009**

La biografía del dictador entre opciones violentas y políticas realistas

Stalin, ¿monstruo sanguinario o político realista obligado por la historia a opciones forzosas? En su último libro (*Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, con un ensayo de Luciano Canfora, Carocci, 382 pp.) Domenico Losurdo opta por la segunda respuesta. Es una tesis a contracorriente, y ya por esa razón, el libro merece ser leído: al oponerse al “sentido común” prevaleciente, pone a pensar, e induce a problematizar hipótesis historiográficas que ya se dan por aceptadas como ciertas.

¿Cuál es la idea fundamental de Losurdo? Las tesis interpretativas del fenómeno estaliniano que más han influido –Trotsky, Kruschov, Hannah Arendt– han sido determinadas por la lucha política interna del campo comunista o por la Guerra Fría. De aquí surge un “retrato caricaturesco” de Stalin que subvalora de manera radical el contexto concreto de sus acciones. En este contexto el autor incluye no solo la “larga duración” de la historia rusa (los conflictos medievales en el campo, el odio por los judíos, el bandidaje originado por las carencias), no solo el “estado de excepción” en el que se enmarcó la experiencia soviética, sino también los lados débiles de la ideología marxista, un “universalismo incapaz de asumir y respetar lo particular”, las tendencias escatológicas que querían abolir a paso acelerado propiedad privada, nación, familia, etcétera. El propio Gulag se expande con la “colectivización forzada de la agricultura”. ¿Cómo se explicaría la revuelta crucial del 28-29? Después del tratado de Locarno, el acercamiento Francia-Alemania, el golpe de Estado de Pilsudski en Polonia y la ruptura de las relaciones comerciales y diplomáticas por parte del Reino Unido, los militares soviéticos lanzaron la alarma: el peligro de guerra aumentaba, era necesario industrializar el campo y garantizar su fidelidad. Tras la “noche de san Bartolomé” (Bujarin) contra los campesinos, Stalin trataría de regresar a la normalidad, tanto que en 1935 Trotsky lo acusó de “liberalismo y de abandono del ‘sistema de consejos’”, de

“regreso a la ‘democracia burguesa’”. En efecto, Stalin –para levantar la producción– se bate contra la “nivelación ‘izquierdoide’ de los salarios”, contra el igualitarismo, y propugna una nueva Constitución que, como se sabe, después quedó en el papel. De hecho, nuevamente irrumpe el estado de emergencia y el terror: Losurdo –que parte del examen de una literatura internacional muy amplia y “antiestalinista”– acredita el hecho de que la oposición trotskista fuera un “peligro” real ya en la primera mitad de los años 30. Incluso después de la guerra, Stalin declara que la dictadura del proletariado no era la única vía hacia el socialismo, que no era obligatoria en los países del Este europeo. Pero más tarde irrumpe la Guerra Fría, y la seguridad nacional de la URSS adquiere el predominio.

Sin embargo, frente a la “mala” herencia del “utopismo” marxista, Stalin aprende –según el autor– la “vacuidad de la espera mesiánica de la desaparición del Estado, de la nación, de la religión, del mercado, del dinero, y además ha experimentado directamente el efecto paralizador de una visión de lo universal, que tiende a tildar de contaminación la atención que se presta a las necesidades y a los intereses particulares de un Estado, de una nación, de una familia, de un individuo determinado”. Pero –y esta es su limitación, según Losurdo– la lucha contra “la utopía abstracta” se detiene muchas veces a mitad de camino, para no meterse completamente en el corredor de algunos de los asuntos fundamentales de la cultura marxista y comunista. En definitiva, en las tres décadas de “estalinismo”, los repetidos intentos hechos por Stalin de abandonar el estado de excepción para regresar a una relativa normalidad, serían frustrados, ya sea por la situación internacional, o por la utopía abstracta presente en el marxismo, alimentada por la oposición interna. Con esta lectura esencial, Losurdo dedica muchas páginas a demoler la “leyenda” kruschoviana vinculada a los éxitos militares del invasor nazi; a subvalorar la atención prestada por Stalin a las distintas “nacionalidades”; a alabar el “realismo” estalinista frente a las tendencias de izquierda que querían superar el Estado, la familia, el dinero. Losurdo reconoce y condena el giro brutal del sistema de campos de concentración que existió en el 37. Pero subraya que en el Gulag soviético no había voluntad homicida, y por tanto no se puede comparar





con los campos nazis: cuando mueren a millares en el *Gulag*, durante la guerra, también mueren de hambre millares en el resto de la URSS.

Es difícil seguir a Losurdo, con la necesaria competencia crítica, en todas las aristas de su discurso. Algunas de sus tesis (la crítica al concepto de “*totalitarismo*”, el rechazo a considerar las decisiones de la cúspide soviética como irracionales, la referencia al contexto histórico) parecen convincentes. Lo que no convence es un discurso demasiado propenso a ver siempre en la solución adoptada la mejor de las soluciones posibles, y a subvalorar su desastroso efecto en la política de la hegemonía (véase la ruptura de la alianza leninista obrero-campesina) y en la construcción misma de una idea expansiva de socialismo. Tomemos por ejemplo el *Gulag*: ¿puede un Estado que se considera socialista crear un sistema de campos de concentración tan vasto, en los cuales (si bien no siempre ni en todas partes) existían –según las palabras del propio Vichinski, citadas por Losurdo– condiciones de vida que redujeron “a los hombres ‘a bestias salvajes’”? ¿No es ya este hecho una mancha indeleble para un Estado que se considere socialista?

No consuela saber que lo hizo peor –para poner un ejemplo– el Reino Unido con los irlandeses o con los deportados a Australia: lo que esperamos de un sistema que hace de la explotación del hombre por el hombre su ley, no es justificable para un Estado que surge para combatir tal explotación y todo lo que existe de “bestial” en la humanidad. Otra cosa: la situación objetiva había inducido a hacer más rígida la organización del trabajo, a renunciar a un nuevo modo de entender las rela-

ciones entre los sexos, a la superación gradual de las fronteras nacionales. Pero llegados a este punto, ¿no habría que preguntarse si valía la pena hacer una revolución? ¿Para qué sirvió? Creo conocer la respuesta de Losurdo: no obstante, el impulso de liberación fue enorme, millones de personas se liberaron así del Medioevo y del colonialismo en todo el mundo. Es cierto, y entonces, ¿que viva la Revolución rusa! Pero también parece justo concordar con lo que ha escrito Giuseppe Prestipino en el último número de *Critica marxista* (2009/1): siguiendo a Losurdo, llegamos a la conclusión de que en el siglo XX el socialismo era imposible.

Queda por formular la pregunta de si las opciones escogidas en el curso del primer y fallido intento de construcción del socialismo, al menos hayan construido las bases para reintentar el experimento en el nuevo siglo, o si son todavía hoy un obstáculo más para los que quieran probar de nuevo. Desde este punto de vista, el historicismo justificativo de Losurdo –incluso teniendo algunas razones– subvalora la posibilidad misma de una alternativa respecto al desarrollo histórico efectivo: un político realista también puede convertirse en un monstruo sanguinario, de hecho asesinando así, igualmente, a la criatura que, “*con realismo*”, se propone proteger. Y si toda voluntad de cambiar también la calidad de la vida cotidiana, las relaciones entre los géneros y entre los seres humanos, las jerarquías y la alienación dentro y fuera de la fábrica, es tildada de “*utopismo escatológico y anarcoide*” no se hallarán fácilmente las fuerzas, las voluntades, las subjetividades, para retomar el camino ■



¿Se quiere rehabilitar a Stalin? No estamos de acuerdo

2. El rechazo

Respuesta a la reseña de Guido Liguori.

Liberazione 11/04/2009

Nos ha producido mucha amargura leer ayer, en las páginas de *Liberazione*, la reseña de un libro que desde el título define como “leyenda negra” gran parte de la historiografía existente sobre la página histórica y política de Stalin. Reseña que comienza comentando el carácter a “contracorriente”, de oposición al “sentido común”, que lo convertiría en un libro capaz de poner a “pensar”. Reseña que además, cuando pasa a asumir formas “críticas” con respecto al texto tratado, lo hace en forma de “dudas” del tono siguiente: “¿Puede un Estado que se considera socialista crear un sistema de campos de concentración tan vasto...?” Como hablando de un problema cuantitativo, en vez de hablar del sistema.

Frente a los millones de muertos que el sistema de los campos estalinianos, la dirección estaliniana de la “planificación socialista” y la práctica estaliniana de las purgas homicidas de sus propios cuadros revolucionarios han dejado tras de sí en la memoria colectiva del mundo entero y de la cultura de izquierda en particular, consideramos que aquí no hay nada que agregar: no hay interpretación histórica que valga; intentos revisionistas o negacionistas –pequeños o grandes– no pueden tratar con consideración a la figura de un dictador feroz y brutal. O bien, habría que preguntarse: ¿cuándo aparecerá una página entera de publicidad gratuita, bajo el aspecto de reseña “equilibrada”, con textos de “reinterpretación”, quizás, de las gestas de Ceaucescu o de Pol Pot?

En suma, ¿podemos serenamente dar por terminada la discusión sobre estas tragedias, o debemos en realidad sufrir sus “revisiones”, por lo demás, apologéticas? Si todavía alguien considera esto “el campo” de la izquierda, o “de los comunistas”, lo sentimos: no estamos de acuerdo. Estas historias terroríficas, y quien se haya hecho intérprete y animador de ellas en el curso de la historia, no pueden pertenecer, ni siquiera en modo crítico y “razonado”, a ninguna hipótesis de liberación. Y no solo eso: consideramos que publicar intervenciones que se centren en hipótesis de este tipo, explícitas o inconscientes



–sobre este y sobre otros temas–, que valoren tesis negacionistas como parte del enfrentamiento de ideas (en realidad, la existencia del negacionismo sobre el Holocausto no exige de juzgar el de los crímenes estalinianos; precisamente los “debates” de Losurdo deberían sugerirlo...), representa un salto atrás. Especialmente para un periódico que había tratado hasta ahora de abrir espacios y de liberar energías, prefiriendo interrogarse de continuo, en vez de buscar refugio en la eterna confirmación de una identidad interpelada por una historia hecha también –como indica precisamente el caso de Stalin– de monstruos y horrores ■

Firmantes:

Checchino Antonini, Angela Azzaro, Anubi D'Avossa Lussurgiu, Stefano Bocconetti, Guido Caldiron, Paolo Carotenuto, Simonetta Cossu, Carla Cotti, Sabrina Deligia, Laura Eduati, Roberto Farneti, Antonella Marrone, Martino Mazzonis, Andrea Milluzzi, Frida Nacinovich, Angela Nocioni, Paolo Persichetti, Paola Pittei, Sandro Podda, Stefania Podda.



Nunca he sido estalinista, ni un “estalinista” del “antiestalinismo”

3. La réplica

Guido Liguori,
Liberazione 12/04/2009

Querido director: con verdadera sorpresa he leído en *Liberazione* de ayer el documento de un grupo de redactores que critica de manera áspera mi reseña de un libro de Domenico Losurdo sobre Stalin, publicada anteayer.

De hecho, soy acusado de mostrar simpatías por el estalinismo y de estar a favor de una presunta “rehabilitación” suya. Pienso que se trata del enésimo episodio de una historia que no me pertenece, la de la guerra que tiene lugar dentro de Rifondazione Comunista y más en particular, en su diario. Sin embargo, el evidente carácter instrumental del documento ya hace inaceptable sus contenidos, que son en gran parte una mera falsificación de lo que he escrito. ¡Incluso se llega a fingir que no se comprende el uso de la “pregunta retórica” en la lengua italiana!

No solo todos mis escritos y mi historia personal dan testimonio de lo absurdo de tal acusación. Tampoco en el escrito en cuestión nada puede ser interpretado en tal sentido: en él –como se debería hacer en toda reseña– primero he resumido el libro, he reconocido la seriedad de la investigación (porque a mi juicio es así: ¿siquiera uno de los firmantes lo habrá leído?), finalmente, he criticado de manera radical e inequívoca, su planteamiento general.

Entonces, ¿qué debería haber hecho? ¿Reunir una sarta de insultos y pronunciar una condena? Discúlpeme, pero no es mi estilo,

no soy y no quiero ser un “estalinista del antiestalinismo”. Soy un “apasionado estudioso” y como tal, continúo leyendo, reflexionando, ofreciendo una contribución –en la medida de mis capacidades– incluso sobre “nuestra” (de nosotros los comunistas) historia más controvertida. **No me interesan las verdades de partido, proclamadas de una vez por todas, quizás en algún congreso.** Prefiero la investigación y las interpretaciones que ponen en duda certezas, y dan lugar a un debate libre. Sólo a partir de ese enfrentamiento entre posiciones distintas, una comunidad científica o política puede avanzar hacia una opinión compartida por la mayoría. Te envío a ti y a todos aquellos que están empeñados en la promoción de *Liberazione*, un sincero deseo de que hagáis un buen trabajo ■



Resulta autoritaria la pretensión de que existen argumentos que deben ser vetados

4. El director interviene

Dino Greco,
director de *Liberazione* 12/04/2009

Un grupo de redactores de *Liberazione* ha sentido la necesidad de tomar papel y pluma para poner en discusión la reseña de Guido Liguori (Vicepresidente de la International Gramsci Society y jefe de redacción de *Critica Marxista*) sobre el libro de Domenico Losurdo, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, aparecida en *Liberazione* el viernes pasado. Evidentemente, las dianas de la carta son dos: el autor de la reseña, acusado nada menos que de haberse hecho eco de una “revisión apologética” de la figura de Stalin; y el director del diario que, de manera irreflexiva, ha autorizado su publicación.

Responderé, de manera breve, tanto a la cuestión esencial, relativa al contenido de la reseña, como a las razones, del todo consecuentes, que me han hecho considerar útil proponerla a los lectores.

La contextualización de un acontecimiento o, mejor, de una larga cadena de acontecimientos, hecha con rigor filológico y a través de un serio y profundo reconocimiento de las fuentes, debería ser un imperativo categórico para cualquiera que desee de manera crítica y no ideológica (o propagandista) razonar sobre el pasado y, en definitiva, sobre el presente. Los peligros comienzan cuando la contextualización se transforma en un historicismo absoluto, en un fatal (y letal) justificacionismo, según el cual, lo que ha sucedido, en la manera en que ha sucedido, solo podía haberlo hecho así. Como si los seres humanos llevaran sobre sus espaldas la Historia, la cual procedería por la misma vía, según una concatenación determinista de causas y efectos, por los cuales, si en lugar de Stalin hubiese estado alguna otra persona, esta no habría podido hacer nada diferente, etcétera.

Tal modo de proceder genera una aparente científicidad, que tiene el vicio de ser siempre deducida a posteriori, liberando de la responsabilidad a los autores, a los protagonistas de la historia humana.

De este modo, toda valoración de orden histórico, político

y moral deviene imposible. Creo que nadie es tan tonto para pensar que los seres humanos se mueven, en cada época y condición, con “libertad absoluta”. Cada uno obra “en situación”, y en sus acciones, está codeterminado por una cantidad de factores. Codeterminado, pero no coartado. Siempre hay –o casi siempre–, sartrianamente, una posibilidad de elección. Y es esa elección la que permite el juicio de valor.

En realidad, resulta singular que quien –como Losurdo– exalta también el significado heurístico de la subjetividad, de la ruptura antideterminista, “revolucionaria”, de las condiciones históricamente dadas, caiga después en el error de olvidarse por completo de eso, cuando nos deja entender que muy poco de los trágicos acontecimientos ocurridos en la Rusia estaliniana hubiera podido tener un curso distinto, como ha sido probado, al contrario, por la durísima y sangrienta lucha interna, a través de la cual se afirmó la dictadura. Y una contradicción similar alimenta la sospecha de que –a pesar de la gran abundancia de datos, circunstancias y documentos citados– el trabajo de Losurdo es, fundamentalmente, un proyecto de tesis.

Paradójicamente (pero tampoco demasiado), este desesperado objetivismo termina por concordar con la posición opuesta, pero simétrica, según la cual el error es de quien tiene la sartén por el mango: es decir, el huevo de la serpiente se habría instalado sólidamente en la idea comunista, desde su origen, desde su arquetipo teórico, hasta llegar al marxismo, pasando después a través de todas las corrientes de las experiencias históricas, que en cada punto del globo, de oriente a occidente, de norte a sur, han tomado forma durante décadas basándose en aquella inspiración. En suma, el justificacionismo no hace más que ofrecer coartadas a todas las retiradas (que nunca han favorecido proceso alguno, en ningún campo) y a todos los procesos de liquidación sumaria. Porque cuando te retiras, no comprendes. Y si no comprendes, no te enfrentas de veras. Te contraponen. Con toda la ciega determinación que se pone en el no reconocer, en el punto de vista del otro, la porción de verdad que este puede contener.

Es el vicio de todos los fundamentalismos, de todos los sectarismos, del que se nutre quien cree custodiar en el cofre





propio, todo lo que hace falta saber. Atentos entonces al autoritarismo, a la planta que crece de manera exuberante, cuando se pretende que existen argumentos que hay que vetar, palabras que hay que inhibir, columnas de Hércules que no hay que superar...

En cuanto a la reseña de Guido Liguori –cuyo perfil cultural es notoriamente ajeno a cualquier contaminación o sugestión estalinista– me resulta del todo incomprensible cómo pueda deducirse de su texto cualquier propensión “negacionista”. Da fe de ello el extracto de su comentario al libro de Losurdo, que publicamos nuevamente aquí. A los firmantes

de la carta, por el contrario, que han querido ir tan lejos en su discurso de denuncia, quisiera recordarles que es difícil que se pueda –y cito de su carta– “preguntarse continuamente” y, al mismo tiempo, “dar por terminada la discusión”.

“Consciente o inconscientemente”, me parece que hay una inclinación por la segunda hipótesis. Sin embargo, en la carta hay un punto verdaderamente insostenible, aunque revelador. Allí donde se dice “cuándo aparecerá una página entera de publicidad gratuita (...) de las gestas de Ceaucescu y de Pol Pot”. Disculpenme: no estoy de acuerdo. No es aceptable ■



Poner nuevamente de discursión la categoría de “estalinismo”

5. Se amplía la polémica

Paola Pellegrini,
responsable de cultura del PdCI. *Rinascita*

“Ha habido una época en que estadistas –como Churchill y De Gasperi– e intelectuales de primerísimo nivel –como Croce, Arendt, Bobbio, Thomas Mann, Laski– han visto con respeto, simpatía y hasta con admiración a Stalin y al país guiado por él. Pero, con el inicio de la Guerra Fría, y sobre todo con el Informe Kruschov, Stalin se vuelve un ‘monstruo’, comparable quizás solo a Hitler. Daría prueba de inexperiencia quien quisiera localizar en este vuelco el momento de la revelación definitiva de la identidad del líder soviético, pasando por alto de manera superficial los conflictos y los intereses que están en los orígenes del vuelco. El contraste radical entre las distintas imágenes de Stalin, debería impulsar al historiador no ya a absolutizar una de ellas, sino a problematizarlas todas.” Domenico Losurdo reabre la reflexión sobre la figura más demonizada del movimiento obrero: el revolucionario georgiano Iosif Vissariónovich Dzhugashvili. Lo hace analizando el siglo XX con una teoría de la comparación sin limitaciones, contextualizando las acusaciones dirigidas a Stalin y descomponiéndolas en un conjunto de conceptos para analizarlas de modo comparativo y relativizarlas históricamente. Es un libro importante, apasionante, capaz de reabrir la discusión sobre Stalin y la URSS, en esta fase marcada solo por el anticomunismo y por el revisionismo más grosero sobre toda la historia europea de resistencia al nazifascismo.

Es enorme la cantidad de referencias historiográficas en las cuales el libro fundamenta algunas de sus tesis más significativas. Comenzando por la que revela cómo “no hay movimiento histórico que no pueda ser sometido a una incriminación análoga (a la que es sometido el estalinismo)”. Losurdo analiza la historia del liberalismo afirmando que éste también puede ser incriminado, si nos concentramos en la suerte deparada a los pueblos coloniales. La misma argumentación vale para la historia del Islam, que podría ser considerada solo como la historia de conquistas sangrientas y despiadadas. Y del mismo

modo, las mismas argumentaciones podrían valer para el cristianismo.

Losurdo critica tal enfoque, que termina por mostrarnos un cuadro de la historia en cuanto tal, como afirmaba Gramsci, parecería “una grotesca sucesión de monstruos”. La paradoja recurrente de la historia y del debate político del propio movimiento obrero y comunista, frente “al hecho de que la historia iniciada en octubre de 1917 se reduzca a crímenes o a locura criminal, ve a autores y personalidades –empeñados en defender el honor del comunismo– reaccionar alejándose de sus páginas más duras, catalogándolas como traición o degeneración de los ideales originales de la revolución, o de las enseñanzas de Lenin o de Marx”. De este modo, “la historia del movimiento comunista en cuanto crimen, trazada de manera triunfante por la ideología dominante, también es confirmada por aquellos que se quieren oponer a la ideología dominante”. Este enfoque hace “desaparecer la historia real, que es sustituida por la historia de una infame y misteriosa degeneración y distorsión de las doctrinas, a priori elevadas al ámbito celestial de la pureza y de la santidad”. En esencia, Losurdo sostiene que tal enfoque, por una parte, impide contextualizar los acontecimientos históricos; por la otra, que la categoría de “traición”, al contrario, obligaría a indagar en serio el nexo entre teoría y su realización. El libro nos muestra de manera amplia que casi toda la historiografía actual refuta desdeñosamente este enfoque, por estar empeñada en culpabilizar a la historia de la revolución a partir de sus presupuestos teóricos. La “teoría nunca es inocente”, pero si esto es válido para Marx, debe valer también para otros intelectuales de orientación distinta y opuesta: Locke y John Stuart Mill deben ser considerados directamente responsables de los delitos del occidente liberal (puesto que Locke, teórico de la tolerancia, era un defensor de la esclavitud, y Mill teorizaba el despotismo de occidente sobre las “razas menores de edad” y el carácter nefecioso de la esclavitud impuesta a las tribus salvajes). “Al igual que la teoría, tampoco la utopía puede reivindicar inocencia alguna”: es una tesis, dice Losurdo, justamente defendida por los liberales, pero que no la aplican a ellos mismos, callando so-



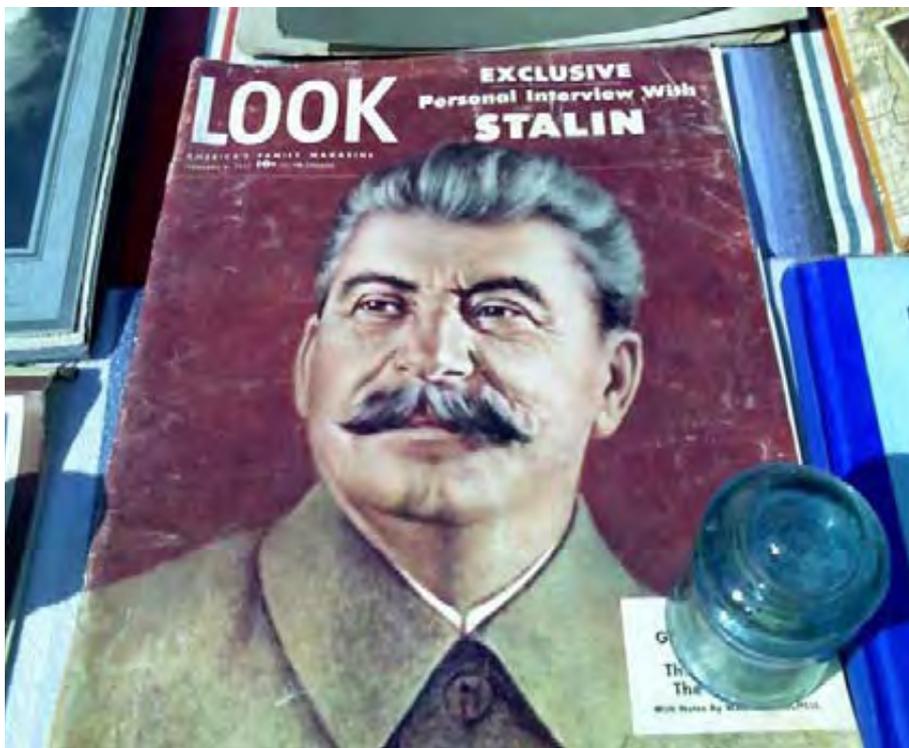


Churchil, Roosevelt y Stalin en la confeeencia de Yalta, 1945

bre los costos humanos y sociales de la utopía del libre mercado. Las “ideas originales” (espera mesiánica de una sociedad sin Estado, sin fronteras nacionales, sin mercado y dinero) –¡por otra parte, muy lejanas de aquellas practicadas realmente por Stalin!– han desempeñado un papel nefasto en la URSS, obstaculizando en varios momentos el paso a una condición de normalidad, prolongando y agudizando el estado de excepción: aunque comprensible, en aquella trágica y heroica experiencia que fue la revolución y la guerra civil el enfrentamiento sobre las perspectivas y sobre las necesidades, en aquello que Losurdo define como un ininterrumpido “proceso de aprendizaje”, los accesos de “pureza ideológica” han podido conducir al fanatismo. Los dos enfoques criticados por Lo-

surdo (incriminación y traición) concentran la atención en la naturaleza criminal o traidora de determinadas individualidades: “de hecho, éstas renuncian a comprender el desarrollo histórico real y la eficacia histórica de movimientos políticos y religiosos que han ejercido una capacidad planetaria de atracción, y cuya influencia se despliega en un arco de tiempo muy largo”. Losurdo considera que este método lleva a desviaciones, incluso cuando es aplicado a Hitler: “resulta demasiado cómodo cargar las infamias del nazismo exclusivamente en su cuenta, eliminar el hecho de que tomó del mundo preexistente a él –y radicalizó– dos elementos centrales de su ideología: racismo, misión colonizadora de los blancos e interpretación de la revolución de octubre como amenaza para la civi-





Hubo un tiempo en el que Stalin gozó de una aureola positiva en Occidente

lización”. Esto se explica solo con “el peso que hagiografía y demonización continúan ejerciendo en la interpretación del siglo XX” y el “culto negativo de los errores”. Losurdo sostiene que sólo desmontando las leyendas de la historiografía se puede razonar sobre la historia, e incluso, atacar la historia del capitalismo.

En vida, Stalin fue objeto de admiración por parte de numerosos y distintos ambientes culturales y políticos. La victoria de Stalingrado fue esperanza, y dio renovada fuerza a todos los combatientes contra el nazifascismo. Incluso Churchill, en el discurso pronunciado en Fulton, con el que abre la Guerra Fría, habló con “gran respeto y admiración por el valeroso pueblo ruso y por mi compañero de los tiempos de guerra, el mariscal Stalin”. De hecho, además de la Guerra Fría, hay otro suceso histórico que imprimió un vuelco radical a la historia de la imagen de Stalin: el Informe Secreto de Kruschov de 1956. Si bien por una parte Losurdo destruye las reconstrucciones de los historiadores (los antisoviéticos), así como las tesis de Trotsky o de Kruschov, por la otra examina los años de Stalin, insertándolos en el contexto de un país perennemente presa de una condición excepcional, cercado, aislado y amenazado desde dentro y desde fuera. Un estado en conflicto permanente (la formación de la URSS, la indus-

trialización, la colectivización forzada de la agricultura, la alfabetización masiva, la creación de un estado social de masas, los continuos intentos por quedar fuera de la guerra impuesta por Hitler, la victoria sobre el nazismo y las infinitas luchas internas al partido): la política de Stalin permitió a la URSS derrotar a los enemigos internos y salvar la revolución, hizo posible el desarrollo industrial y social, permitió vencer al nazismo durante la Segunda Guerra Mundial y consolidó un Estado que representó un poderoso motor para todos los movimientos anticoloniales.

Por tanto, si se interpreta el estalinismo como resultado no de la sed de poder de un individuo, ni de una ideología, sino del estado de excepción permanente que golpea a Rusia, la contribución más grande del libro es precisa-

mente la de poner en discusión de nuevo –en cuanto conlleve desviaciones, y debe colocarse en la esfera del “mito”– la categoría misma de “estalinismo”.

Pero quedaría desilusionado quien espere encontrar allí hechos trágicos negados: es un ensayo problemático, que compara situaciones, donde encontramos páginas esclarecedoras sobre los *gulags*, sobre los campos de concentración y sobre los estragos causados por los apologistas del mercado libre, páginas de historia olvidadas por los legisladores de la “democracia”, como el exterminio de los comunistas en Indonesia con el golpe de Suharto, apoyado por los norteamericanos; que destruye de una vez y por todas la más infame acusación dirigida a Stalin de ser como Hitler. Es tratada con amplitud la relación de Stalin con el judaísmo (refutando en su origen la acusación póstuma y evidentemente instrumental en el clima de la Guerra Fría, de que Stalin fuera un antisemita). Un libro que no solo y no tanto restituye el honor a Stalin, como que engancha en la historia grande y terrible del siglo XX todas las páginas de la URSS, reabriendo así también la investigación acerca de su legado universal, del que han partido todos los grandes movimientos de liberación anticolonial, de transformación social y de emancipación de las manos del capitalismo ■



Estalinismo y utopía abstracta

6. La carta rechazada por *Liberazione*

André Tosel

Queridos amigos de *Liberazione*,

Me permito enviarles esta carta, ya que me sentí particularmente impresionado por el debate que provocó el último libro de Domenico Losurdo, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, con un ensayo de Luciano Canfora. He leído con gran interés la reseña crítica de Guido Liguori y la carta con el título “¿Se quiere rehabilitar a Staalin? No estamos de acuerdo”, firmada por miembros del Comité de redacción de *Liberazione*. Este texto expresa no solo el rechazo ético y político al estalinismo, sino también una gran amargura, si no ya indignación, por la investigación de Losurdo. Brevemente: la historia de la leyenda negra, a la cual han dado lugar las vicisitudes de la política estaliniana, es denunciada como una suerte de revisionismo criptoestaliniano, dirigido a destruir la crítica liberal del totalitarismo mediante una justificación del realismo estaliniano, como una apología indirecta de la política estaliniana, presentada como la única política realista de su época, superior en lucidez a la de las oposiciones internas de los años treinta. Esta empresa sería no sólo inútil, dado el carácter obvio del argumento –no habría nada que agregar a las críticas existentes de Kruschov, Arendt y muchos otros– sino también errónea y negativa desde el punto de vista político, dado que el esfuerzo de comprensión se consumiría en justificar lo injustificable, y constituiría un salto atrás, que impediría la recuperación de una política de auténtica liberación.

Llegados a este punto, quisiera presentar algunas consideraciones para introducirlas en un debate crucial para las

perspectivas de emancipación.

1. En ningún momento Losurdo niega la enorme carga de horror, implícita en los actos violentos de la política estaliniana. Él trata de comprender lo que parece incomprendible. Tiene el coraje intelectual y ético-político de enfrentar la corriente liberal, devenida sentido común, y devenida además, de manera acrítica, el presupuesto de una izquierda incapaz de construir un juicio histórico autónomo, porque continúa siendo dominada por la imaginación, según la cual el arrepentimiento ocupa el lugar de la teoría.

2. Losurdo presenta los documentos y una biografía tan amplia como variada, en la cual trabaja utilizando a los autores ideológicamente más alejados. Sería necesario por lo menos presentar una reconstrucción distinta, si se acepta la idea de que no todo ha sido dicho recurriendo a la categoría de totalitarismo:



Kruschov y Stalin en 1936

en ésta, Arendt ha procedido a una serie de variaciones, terminando incluso por evocar un neototalitarismo liberal, inscrito en la posible producción de otra humanidad superflua.



Por lo menos habría que poner en discusión las etapas de esta historia: colectivización forzada del campo y ruptura de la difícil alianza con el mundo campesino; enorme peso de la guerra llevada a cabo por las grandes potencias capitalistas; radicalización extrema y por todas partes de la lucha de la oposición interna.

3. Si el estalinismo fracasó y comprometió la idea de socialismo, o mejor, de comunismo, este fracaso se verificó después de 1945, sobre todo a causa de la incapacidad de una reforma democrática del aparato del Estado y de las prácticas de secreto y coerción. Además está el hecho de que la URSS fue un punto de apoyo para las luchas anticoloniales del siglo XX; que supo, junto con Stalin, llevar a cabo una guerra victoriosa contra el nazismo, cuya victoria hubiera sido una catástrofe sin nombre; que por momentos y de manera fragmentaria, supo crear los elementos de Estado social, de los que se beneficiaron las masas populares, y que fueron destruidos por el actual capitalismo ruso mafioso. Esto no justifica nada, pero así sucedieron las cosas. Losurdo tiene el derecho y el deber de confirmarlo, sin ocultar el precio de la empresa y sin ignorar el fracaso final.

Se trata de verdades desagradables para el seudosentido común liberal, así como resultan verdades atroces para el sentido común socialista y comunista, las acciones para las masivas que perpetuaron el estado de excepción, más allá de cualquier medida. Sin embargo, ¿Gramsci no nos ha invitado a mirar a la cara incluso a las verdades más desagradables?

4. El método de Losurdo combina dos enfoques, cuya legitimidad teórica me parece probada. Por una parte, contextualiza permanentemente las opciones de política interna y externa que se presentan en el curso de la historia. Por la otra, recurre de forma constante a un método de comparación entre las prácticas de la URSS y las de las democracias occidentales, no ya para relativizar y minimizar la violencia estaliniana, sino para comprenderla con relación a lo que era la violencia en aquel determinado momento.

De este modo, Losurdo se inscribe en lo mejor de la tradición del realismo crítico italiano, que pasa a través de Maquiavelo, Cuoco, Leopardi, Croce, Gramsci. Él se distingue siempre con respecto al realismo contrarrevolucionario de Moscú, Roberto Michels y Pareto.

5. El verdadero problema crítico es saber si este método es aplicado sin fallas. Al respecto, pienso que Losurdo tiende a torcer demasiado en el sentido opuesto el bastón de la corriente liberal, devenida historia sagrada. Él considera que, a fin de cuentas, Stalin venció gracias a su realismo, que le permitió desarrollar un proceso de modernización, y enfrentar al enemigo mortal que era el nazismo. Podríamos preguntarnos si en el curso de la historia de aquel momento, del desarrollo históri-

co, no eran posibles otras opciones en lo que se refiere a la colectivización del campo, el mantenimiento de las alianzas sociales, la represión contra los opositores, el culto al secreto, la obsesión por la traición y la cultura de la sospecha, la negación de toda democracia de masas. Una vez que la historia se desarrolló, existe la tentación de decir: a fin de cuentas, las cosas fueron así y no de otra manera, aplastando de este modo, sobre el resultado que se produjo, las posibilidades eliminadas. A mi entender, este es el verdadero debate. Losurdo no merece la acusación de criptoestalinismo: su imponente investigación merece otra acogida por parte de aquellos que quieren conservar la razón. Guido Liguori da en el blanco cuando evoca un "historicismo justificativo", que corre el riesgo de absolverlo todo en nombre del realismo del hecho consumado. Losurdo no lo justifica todo, pero enuncia demasiado pronto el fin de lo posible. Aquí se queda demasiado hegeliano.

6. De cualquier manera, este trabajo de reinterpretación crítica de este pasado, resulta indispensable.

Losurdo da una lección negativa final de él, en lo que concierne a los puntos más importantes de la historia marxista. En su modo astuto y brutal, el estalinismo tuvo en cuenta las relaciones de fuerza, aunque manteniendo la utopía de una extinción de poder del Estado, del derecho, de la religión, de la moral familiar, en el momento en que esas realidades se imponían bajo formas distintas. Remitiéndose a Gramsci, Losurdo critica cierto utopismo marxiano, compartido al mismo tiempo por Rosa Luxemburg y por Karl Kautsky.

Sin embargo, una cosa es la crítica de una utopía abstracta, negadora de las formas históricas generales, y otra es el sentido de una esperanza concreta, que emana de la inspiración de las masas subalternas, y que está encaminada a la negación determinada de formas históricas opresivas. Es esta la esperanza que ha sofocado la dictadura estaliniana, a pesar de sus méritos y de su realismo convincente. De esta manera, ha sido acreditada la tesis según la cual la historia había disuelto los vínculos y demostrado que era imposible cualquier emancipación comunista o socialista. Es esta esperanza la que renace débilmente de las luchas del presente. Y es a esa a la que debe servir la indispensable crítica histórica sumamente desagradable, a cuya reconstrucción Domenico Losurdo contribuye de manera poderosa, a su modo y en los límites que él no rechazará discutir.

Queridos amigos, agradezco vuestra atención. He querido participar en un debate que es explosivo, sabiendo que el régimen del pensamiento no es el del motor de explosión. Espero no haber ofendido a nadie. Esa no era mi intención.

Con saludos fraternales,

André Tosel ■

Pero, ¿al menos lo han leído?

7 Réplica de Losurdo, rechazada por *Liberazione*

Publicada en otros diarios el 18/04/2009

Un grupo de redactores de *Liberazione* inserta un libro mío en el Índice de los libros prohibidos, ¡sin siquiera haberlo leído! Sin aportar ninguna prueba, y solo sobre la base de una suposición propia (aventurada), Bonanni me acusa de haber justificado “muchos años atrás” –pero ¿acaso no tiene un sonido siniestro esta formulación?– la destrucción de los “monasterios tibetanos” a manos de los “Guardias Rojos”. En realidad, como resulta de mis escritos, considero tal destrucción (en la que participaron también Guardias Rojos tibetanos) como una de las páginas más negras de la Revolución Cultural, una página afortunadamente superada por la posterior evolución de China, que ha devuelto su antiguo esplendor a los monasterios devastados. Del ejemplo recordado por Bonanni, he criticado más bien la transfiguración del Tíbet lamaísta, de una sociedad que condenaba a la enorme mayoría de la población a la esclavitud, a la servidumbre y a una muerte muy precoz: “la edad media de los tibetanos es de treinta años” –refiere Harrer, instructor y amigo del Dalai Lama. Embellecer esta sociedad y callar sobre sus infamias: en este caso, ¿quiénes son los “negacionistas”?

Por su parte, Dino Greco y Guido Liguori me reprochan un “historicismo justificativo”. Es una crítica obviamente legítima, pero, ¿acaso tiene fundamento? A propósito de Katyn, mi libro habla de “crimen”, y precisa que este crimen es “injustificable”. Solo se agrega que los Estados Unidos no pueden erigirse en maestros de moralidad por el hecho de que, en el transcurso de la guerra de Corea, fueron responsables de un Katyn a escala más

amplia. ¿Es lícito desenmascarar la hipocresía de los vencedores?

Más en general, tras haber subrayado la influencia del estado de excepción en la tragedia de la Rusia soviética, mi libro observa que “también es indudable el papel desempeñado por la ideología” y por las “capas intelectuales y políticas”, expresadas por el bolchevismo. Solo que la ideología que he tomado como punto de referencia es la “utopía abstracta”, es decir, la espera mesiánica de la desaparición del Estado, de la religión, de la nación, del mercado, de la moneda (pensemos en la influencia funesta que ha tenido la pretensión de cancelar toda forma de mercado y de circulación de la moneda en la Camboya de Pol Pot). Por su parte, Liguori defiende la utopía



criticada por mí en cuanto “abstracta”, y toma como referencia otros blancos, pero no explica por qué mi enfoque crítico tendría que ser más “justificativo” que el suyo.

En realidad, se enarbola contra mí una categoría de la cual



Stalin, Lenin y Trotsky

nunca se ha aclarado el sentido. Gramsci “justifica” el jacobinismo; en *il manifesto* y en *Liberazione* a menudo ha sido “justificada” la Revolución Cultural; ¿daría prueba de dogmatismo quien, sin entrar en la esencia de los capítulos de historia discutidos según las circunstancias, se atribuyera a sí mismo el historicismo auténtico, y a aquellos que no están de acuerdo con él, el “historicismo justificativo”!

Es cierto que mi libro rechaza la imagen de Stalin propagandizada en la actualidad por los grandes medios de información, pero a su vez esta imagen es bien distinta de la que emerge de las grandes obras de la cultura occidental. Para poner solo un ejemplo, según el gran historiador inglés A. Toynbee, lo que hizo posible Stalingrado y la derrota infligida a la barbarie nazista, fue el trayecto recorrido por la URSS “de 1928 a 1941”.

Quedan inamovibles los angustiosos dilemas morales que caracterizan las grandes crisis históricas. Pero estos no se plantean solo para la URSS de Stalin. Veamos de qué modo un eminente filósofo estadounidense, M. Walzer, justifica los bombardeos terroristas de los angloamericanos en el curso de la Segunda Guerra Mundial, aunque les reconoce su carácter criminal: el peligro del triunfo del Tercer Reich determina una “emergencia suprema”, un “estado de necesidad”; y bien, es necesario tomar en cuenta que “la necesidad no conoce reglas”. Es cierto que los bombardeos dirigidos a asesinar y aterrorizar a la población civil del país enemigo son un crimen y, no obstante: “Me atrevo a decir que nuestra historia sería borrada y nuestro futuro comprometido, si no aceptara asumir el peso de la criminalidad aquí y ahora”; los dirigentes de

un país “pueden sacrificarse a sí mismos con el fin de defender la ley moral, pero no pueden sacrificar a sus propios conciudadanos”.

Walzer es citado con aprobación, y a menudo, entrevistado en *il manifesto*: ¿por qué en su campaña contra el “historicismo justificativo” mis críticos no la emprenden, en primer lugar, contra el filósofo estadounidense?

Como recuerda mi libro, en 1929 Goebbels identifica en Trotsky a aquel “sobre cuya conciencia recae quizás el número más alto de crímenes que jamás haya pesado sobre un hombre”; más tarde, en la ideología dominante Stalin se convierte en el monstruo gemelo de Hitler, mientras que hoy obtiene un gran éxito el libro (de Chang y Halliday) que califica a Mao Tsé Tung ¡como el más grande criminal de todos los tiempos! Y basta con leer la prensa estadounidense para darse cuenta de que análogas acusaciones se construyen con respecto a Tito, Ho Chi Minh, Castro, etcétera.

Para estar fuera del alcance de la acusación de “negacionismo”, o bien de “historicismo justificativo”, ¿deberemos apoyar estas “valoraciones”? Es enfrentando la incriminación de la historia del movimiento comunista en su conjunto, pero desarrollando al mismo tiempo una reflexión autocrítica necesaria, a propósito tanto de la URSS como de China y de Indochina, que he escrito *Stalin, Historia y crítica de una leyenda negra* ■

Este texto y todos los anteriores de este dossier han sido traducidos del italiano por Marcia Gasca Hernández



¡El socialismo del Gulag!

8. Una crítica a la edición francesa

Jean-Jacques Marie

Si creemos lo que afirman los scouts, para los valientes nada es imposible. Domenico Losurdo desmiente esa divisa masculina.

Él, sin duda, es valiente por tratar de rehabilitar a Stalin. Pero la vacuidad de semejante intento, cuya ambición es ciertamente desmesurada, salta enseguida a la vista.

¡Vade retro, Kruschov!

Él ataca con dureza al informe presentado por Kruschov contra determinados crímenes de Stalin durante la última sesión a puerta cerrada del XXº Congreso del PCUS en febrero de 1956. Y de entrada, deforma su alcance. De creerlo, ese informe sería una «requisitoria que se propone liquidar a Stalin en todos sus aspectos». Pero Kruschov afirma de entrada:

“El objeto del presente informe no es una valoración exhaustiva de la vida y la actividad de Stalin. (...) Ahora nos encontramos frente a una cuestión de inmensa importancia para el Partido en el presente y en el futuro (...) Se trata de cómo el culto a la persona de Stalin fue creciendo gradualmente; ese culto que en determinado momento se convirtió en la fuente de toda una serie de perversiones unánimemente graves y serias de los principios del Partido, de la democracia del Partido, de la legalidad revolucionaria (...) Los méritos de Stalin son bien conocidos a través de un sinnúmero de libros, folletos y estudios que se redactaron durante su vida. El papel de Stalin en la preparación y ejecución de la revolución socialista, en la guerra civil,

en la lucha por la construcción del socialismo en nuestro país, es conocido universalmente. Nadie lo ignora.” Y para quienes no lo hubiesen entendido, añade: “El Partido tuvo que luchar contra los trotskistas (...), los derechistas, y los nacionalistas burgueses (...). En todo esto Stalin desempeñó un papel positivo”.

Kruschov, por tanto, no tiene nada que decir sobre los procesos de Moscú, y Domenico Losurdo retoma de él numerosos inventos que presenta como si fuesen verdades. ¡Gracias, pues, a Stalin por liquidar a los oponentes de todo tipo! De hecho, Kruschov aclara: “Stalin siempre había tomado en cuenta la opinión de la colectividad antes del XVI Congreso”, “Stalin siguió considerando en cierto modo la opinión colectiva hasta



El gulag en verano

el XVIII Congreso”, celebrado en enero de 1934.

Hasta entonces, Stalin fue, pues, un excelente dirigente

comunista. Stalin solo se volvió malo cuando comenzó a eliminar a sus propios seguidores a partir de 1934. Losurdo borra esa precisión para poner en el mismo plano a Kruschov y a Trotsky.

Dirección colectiva contra el “culto a la personalidad”

Yo digo Kruschov, pero Domenico Losurdo parece ignorar (o esconde) que Kruschov no es en realidad el autor de dicho informe. Este fue redactado por Piotr Pospelov, basado en los trabajos de una comisión del Presidium del Comité Central dirigida por él. El mencionado Pospelov había sido el principal redactor de la biografía oficial de Stalin publicada inmediatamente después de la guerra y durante mucho tiempo fue redactor en jefe de *Pravda*. Por consiguiente, un buen y legítimo estalinista. Kruschov se contentó con añadir al texto de Pospelov algunas agudezas de su propia cosecha, como el detalle (inventado y grotesco) según el cual Stalin habría dirigido las operaciones militares de la Segunda guerra mundial en un globo terrestre. Dos o tres bromas de la misma calaña solo modifican al margen la índole y el alcance de un informe elaborado colectivamente por una comisión formada por partidarios de Stalin.

A esos estalinistas sólo les preocupa lo que se traduce en el reproche de “culto a la personalidad” dirigido a Stalin. Su sentido tan simple escapa por completo –a pesar de la ayuda de Hegel– a Losurdo. Ello significa que el poder está ahora en las manos, no del Guía supremo y Padre de los pueblos, sino del Comité Central, que Stalin solo había convocado cuatro veces desde 1941 hasta su muerte en 1953. Fue eso lo que Kruschov había prometido al Comité Central durante su reunión de junio de 1953 para juzgar a Beria. Y es eso lo que los miembros del Comité Central reducidos al silencio durante los últimos trece años del dominio de Stalin quieren escuchar

“Ahora tendremos una dirección colectiva (...) Hay que convocar regularmente los plenos del Comité Central.” El informe leído por Kruschov en nombre del Presidium del Comité Central es la expresión de ese deseo colectivo.

La deportación de los pueblos... “falta de sentido común”!

Los argumentos de Losurdo se resumen en general en un esquema simple: ¡todos los Estados, todos los gobiernos hacen lo mismo! ¿Qué hay que reprocharle entonces a Stalin? En ese sentido, él cita el fragmento en que el informe Kruschov denuncia las deportaciones de algunos pueblos en 1943-44 : “Ningún marxista-leninista ni ninguna persona con sentido común puede comprender cómo se puede responsabilizar, por actividades hostiles, a naciones enteras, incluyendo a mujeres, niños y gente de edad, comunistas y komsomols

[la juventud comunista] y cómo se puede deportar a tanta gente y exponerla a la miseria y sufrimiento por actos hostiles de individuos o grupos de personas”.

Kruschov enumeraba solamente cinco pueblos deportados del total de doce que sufrieron esa suerte y que Losurdo –que no le reprocha en absoluto esa opción selectiva– se cuida mucho de enumerar. Losurdo evoca en pocas palabras “el horror del castigo colectivo”.

Pero, hecha ya esa concesión humanitaria a una tragedia que vio perecer como promedio a la cuarta parte de los deportados –sobre todo viejos y niños– durante su interminable traslado, añade cínicamente: “Esta práctica caracteriza a la Segunda guerra de treinta años [desde la Primera guerra mundial hasta los comienzos de la Segunda, *JJ Marie*], comenzando por la Rusia zarista que, aunque aliada del Occidente liberal, sufrió durante el primer conflicto mundial “una ola de deportaciones” de “dimensiones desconocidas en Europa (en especial de origen judío o germánico)”. A continuación menciona la expulsión de los Hanes del Tibet por el ultra-reaccionario Dalai Lama, que coqueteó un momento con los nazis; después la reclusión en los campos de todos los ciudadanos norteamericanos de origen japonés por el presidente norteamericano demócrata Roosevelt en 1942. Y, de ese modo, nuestro filósofo italiano concluye de modo dulce y tranquilo: “si bien no estaba distribuida equitativamente, la falta de ‘sentido común’ estaba bien difundida entre los líderes políticos del siglo XX”. ¡Ya está, listo!

Así, en la patria triunfante del socialismo (porque para Losurdo el socialismo floreció en la URSS), que llevó a cabo la unidad de los pueblos, es normal que se utilicen los mismos procedimientos que emplean los jefes de los países capitalistas, o un oscurantista feudal, o incluso el Zar Nicolás II. Este último, en 1915, en respuesta a la ofensiva alemana, de hecho hizo desplazar hacia el Este a medio millón de judíos, oficialmente sospechosos de espionaje a favor de los alemanes. Pero la referencia justificativa es poco afortunada, pues por muy bárbaro que haya sido ese traslado, provocó muchas menos muertes que el de los coreanos “soviéticos” en 1937 (en ausencia de todo tipo de guerra) considerados colectivamente como espías potenciales a cargo de Japón... y que habían huido al terror que Japón desencadenaba en su país; o el de los tártaros de Crimea, de los kalmuks, de los chechenos y de los inguches en 1944.

Debemos añadir que la deportación de esos dos últimos pueblos es una de las causas de la tragedia que vive esa región desde hace cerca de veinte años. El legado de Stalin aún hace correr la sangre en nuestros días.

Losurdo utiliza el mismo argumento cuando hace referen-



cia al Gulag haciendo desfilarse todos los horrores de los campos de concentración de los países coloniales...

Un heredero de los procesos de Moscú

Losurdo hace suyas las falsificaciones de los procesos de Moscú, pero sin referirse directamente a estos por lo contaminada que está la fuente. De ese modo, afirma, por ejemplo:

En 1918 “Lenin, acusado o sospechoso de traición, parece ser el objetivo de un proyecto, por muy vago que fuese, de golpe de Estado considerado por Bujarin”. Ese proyecto, fabricado por el procurador Vychinski durante el tercer proceso de Moscú en marzo de 1938, es presentado aquí primero como hipotético, antes de convertirse en una certeza mediante un toque de varita mágica:

“Para hacer fracasar la paz de Brest-Litovsk, que él había considerado como una capitulación ante el imperialismo alemán y como una traición al internacionalismo proletario, Bujarin acaricia por un instante la idea de una especie de golpe de Estado, dirigido al menos durante un tiempo a alejar del poder a aquél que hasta entonces había sido el líder indiscutible de los bolcheviques”.

Pensando sin duda que una fábula varias veces repetida alcanza por ello la condición de verdad, él escribe más adelante: “Ya vimos a Bujarin en ocasión del tratado de Brest-Litovsk acariciar por un instante el proyecto de una especie de golpe de estado contra Lenin, a quien le reprocha el querer transformar el ‘partido en un montón de estiércol.’” En realidad, lo único que hemos visto de todo eso son las piruetas de Losurdo.

¿Por qué Losurdo, que multiplica las referencias a cualquiera, incluida a Sir Montefiore, promovido del estatus de novelista al de historiador, o al novelista Feuchtwanger, a quien Stalin hizo que llegara a exaltar el segundo proceso de Moscú a cambio de la publicación de sus obras en la URSS y el pago



El gulag en invierno



de jugosos honorarios, no hace referencia alguna a esa invención de Vychinski? Es que la verdad es muy sencilla: durante el discurso de Lenin al Comité ejecutivo de los soviets el 23 de febrero de 1918 sobre el tratado de Brest-Litovsk, el Socialista-Revolucionario (S-R) de izquierda Kamkov –cuyo partido entonces estaba aún en el gobierno– se acerca a los “comunistas de izquierda” Piatakov y Bujarin, hostiles a la firma, y les pregunta sobre lo que ocurrirá si ellos obtienen la mayoría en el partido contra la paz de Brest-Litovsk. En su criterio, les dice él, “en ese caso, Lenin se irá y ustedes y nosotros deberemos



crear un nuevo Consejo de los Comisarios del pueblo”, que Piatakov podría presidir. Para ambos hombres, eso no es más que una broma. Varios días después, el S-R de izquierda Prochian, sugiere a Radek que en lugar de escribir resoluciones interminables, los comunistas de izquierda deberían arrestar a Lenin durante 24 horas, declarar la guerra a los alemanes y después reelegir por unanimidad a Lenin como presidente del gobierno, porque –dice él– obligado a reaccionar ante la ofensiva alemana, “aunque insultándonos a nosotros y a ustedes, Lenin, no obstante, llevará a cabo una guerra defensiva mejor que cualquier otro”. Prochian muere seis meses más tarde. Radek repite entonces su frase a Lenin, que se echa a reír a carcajadas.

A comienzos de diciembre de 1923, en plena campaña de la Oposición de Izquierda por la democratización del partido, Bujarin, en esos momentos aliado de Stalin contra ella, transforma esas anécdotas, para estigmatizarlas, en proposiciones serias que los “comunistas de izquierda” de la época habrían discutido, a pesar de la denegación de todos los interesados.

Por tanto, concluye él, la Oposición le hace el juego a los enemigos del partido. Zinoviev se indigna: los comunistas de izquierda han ocultado entonces esas proposiciones innobles al Comité Central, ¡que solo las conoce seis años más tarde! Stalin va más lejos: algunos opositores de 1923 eran ya, según él, miembros potenciales del pretendido gobierno anti-leninista de 1918. Bujarin pagaría con su vida ese tráfico político de la memoria. En el tercer proceso de Moscú, en marzo de 1938, el procurador Vychinski, utilizando sus declaraciones demagógicas de 1923, lo acusará de haber negociado con los S-R de izquierda el derrocamiento y el arresto de Lenin. Bujarin será condenado a muerte.

Ignorantus, ignoranta, ignorantum...

Domenico Losurdo no conoce la historia sobre la cual esboza comentarios a veces ornamentados con referencias a Hegel a más no poder. En ese sentido, califica de “dirigente menchevique” al jefe del gobierno provisional de 1917, Alexandre Kerenski. Pero Kerenski, allegado a los socialistas-revolucionarios, jamás en su vida fue menchevique...

Refiriéndose al asesinato de Serge Kírov el 1º de diciembre de 1934 en Leningrado, escribe “Al inicio las encuestas de las autoridades se centran en los Guardias blancos”. Las autoridades se han centrado en ellos de un modo extraño. Tras ocurrir el asesinato, Stalin ordena fusilar a un centenar de Guardias blancos... que ya se encontraban encarcelados y a quienes nadie interroga debido a que ellos no podían, desde su celda, organizar el más mínimo atentado.

Para confirmar la perfidia de Trotsky, él afirma más ade-

lante “Lenin ve ya pesar sobre la Rusia soviética un peligro bonapartista y expresa sus preocupaciones incluso con respecto a Trotsky”. La falta de referencia también esconde aquí un truco: en 1924, el año de la muerte de Lenin, Gorki, entonces en Italia, publica *Lenin y el campesino ruso* donde solo cita frases elogiosas de Lenin sobre Trotsky. Seis años después, en la URSS, Gorki reedita su libro y le añade una frase atribuida a Lenin que así regresa de ultratumba seis años después de su muerte para manifestar un temor muy tardío sobre las imaginarias ambiciones bonapartistas de Trotsky. Y lo que es más asombroso aún, en diversas ocasiones alude a una supuesta “conspiración dirigida por Trotsky” y confirma esa fábula retomada (sin decirlo) de los procesos de Moscú... citando a Curzio Malaparte. Sin embargo, todos los historiadores consideraron siempre a Malaparte solo como una fuente literaria. ¿Quién iría a citar *Kaput* en una Historia de la Segunda guerra mundial? Escritor de talento, él solo consideraba a la historia como una servidora de la literatura y fabulaba como el mejor.

¡Ah, el buen Gulag!

Debemos detenernos un momento en el demasiado fácil desmontaje de las fantasías de Losurdo.

Pero no podríamos pasar por alto sus divagaciones sobre el Gulag. En efecto, él subraya con toda razón que el Gulag estalinista no es globalmente el campo de exterminio que fueron los campos nazis destinados a los judíos. Una vez dicho esto, no podemos leer sin sorprendernos la afirmación de que “a los intentos de aplicar en la ‘totalidad’ del país la ‘democracia soviética’, ‘el democratismo socialista’ e incluso ‘un socialismo sin la dictadura del proletariado’ [¡como si el proletariado oprimido ejerciera entonces la más mínima dictadura!] corresponden los intentos de restablecer en el Gulag la ‘legalidad socialista’ o la ‘legalidad revolucionaria’. Finalmente, Losurdo, encontrando en el Gulag “una preocupación pedagógica”, se extasía: “el detenido en el Gulag es ‘un camarada’ potencial obligado a participar en condiciones particularmente duras en el esfuerzo productivo de todo el país”. Particularmente duras, en efecto, pero la palabra ‘camarada’, incluso muy potencial, no tiene precio. Y Losurdo nos lo jura, “hasta 1937 los guardias llamaban al prisionero ‘camarada’. Además, la reclusión en el campo de concentración no excluye la posibilidad de promoción social”. ¡Qué ascensor social ese socialismo del Gulag! ■

Traducción de Julia Calzadilla

El penamiento primitivo y Stalin como chivo expiatorio

9. Respuesta a Jean-Jacques Marie

Por Domenico Losurdo

Nunca se podrá apreciar suficientemente la sabiduría de la máxima atribuida a Georges Clemenceau: ¡la guerra es una cosa demasiado seria para confiársela a los generales! A pesar de su encendido chovinismo y anticomunismo, el primer ministro francés conservaba una conciencia bien lúcida sobre el hecho de que los especialistas (en este caso los especialistas de la guerra) a menudo son capaces de ver los árboles, pero no el bosque, se dejan vencer por los detalles, perdiendo de vista el todo; en este sentido, lo saben todos, menos lo esencial. Cuando se lee la diatriba que Jean Jacques Marie querría reservar a mi libro sobre Stalin, se piensa de inmediato en la sentencia de Clemenceau. Según parece, el autor es uno de los máximos expertos en «trotskismología», y se empeña en demostrárnoslo en cualquier circunstancia.

1. Stalin liquidado por el Informe secreto, el Informe secreto liquidado por los historiadores.

De inmediato comienza a oponerse a mi afirmación según la cual Kruschov «se propone liquidar a Stalin en cualquier aspecto». Sin embargo, es el gran intelectual trotskista Isaac Deutscher quien subraya que el Informe secreto describe a Stalin como un «enorme, oscuro, caprichoso y degenerado monstruo humano». ¡Y, a pesar de eso, este retrato no resulta lo suficientemente monstruoso a los ojos de Marie! Mi libro prosigue así: en el discurso de denuncia pronunciado por Kruschov, «al ser responsable de crímenes horrendos, era un individuo despreciable, tanto desde el punto de vista moral como del intelectual. Además de despiadado, el dictador era también risible». Baste pensar en un detalle en el que se detiene Kruschov: «Hay que tener presente que Stalin preparaba sus planes sobre un mapamundi. Sí, compañeros, él señalaba la línea del frente sobre el mapamundi». El cuadro de Stalin trazado aquí es claramente caricaturesco: ¿cómo consiguió la URSS vencer a Hitler, estando dirigida por un líder al mismo



tiempo criminal e imbécil? ¿Y cómo logró este líder, al mismo tiempo criminal e imbécil, dirigir desde el «mapamundi» una batalla épica como la de Stalingrado, desarrollada barrio por barrio, calle por calle, piso por piso, puertita por puertita? En lugar de responder a estas objeciones, Marie se preocupa por demostrar que, en cuanto máximo experto en «trotskismología», también conoce de memoria el Informe Kruschov, y se pone a citar lo largamente en aspectos que no tienen nada que ver con el problema en discusión!

Para demostrar que esta liquidación total de Stalin (en el



Maxim Gorky y Stalin en 1931

plano intelectual, además del moral) se desmorona ante la investigación histórica, yo llamo la atención sobre dos puntos: eminentes historiadores (ninguno de los cuales puede ser considerado sospechoso de filoestalinista) hablan de Stalin como de «el más grande líder militar del siglo XX». Y van más allá: le atribuyen un «talento político excepcional» y lo consideran un político «enormemente dotado», que salva a la nación rusa de ser diezmada y esclavizada –destino que le había reservado el Tercer Reich– gracias no solo a su astuta estrategia militar, sino también a los «magistrales» discursos de guerra, en ocasiones verdaderas «bravuconerías», que en momentos trágicos y decisivos logran estimular la resistencia nacional. Y eso no es todo: historiadores fervientemente antiestalinistas «reconocen la «perspicacia» con la que él trata la cuestión nacional en el escrito de 1913, y el «efecto positivo» de su «contribución» a la lingüística.

En segundo lugar, llamo la atención sobre el hecho de que

ya en 1966 Deutscher expresaba fuertes dudas sobre la credibilidad del Informe secreto: «No puedo aceptar sin reservas las llamadas “revelaciones” de Kruschov, en particular su afirmación de que, en la Segunda Guerra Mundial [y en la victoria sobre el Tercer Reich] Stalin tuvo solo una parte prácticamente insignificante». Hoy, a la luz del nuevo material disponible, no son pocos los estudiosos que acusan a Kruschov de haber recurrido a la mentira. Y por tanto, si Kruschov procede a la liquidación total de Stalin, la historiografía más reciente liquida la credibilidad del llamado Informe secreto.

¿De qué manera Marie responde a todo esto? Sintetiza no solo mi punto de vista, sino el de los autores citados por mí (incluido el trotskista Deutscher) con la fórmula: «¡Vade retro Kruschov!». Es decir, ¡el gran experto en «trotskismología» cree exorcizar las dificultades insuperables con las que se encuentra pronunciando esas palabras en latín (eclesiástico)!

Veamos un segundo ejemplo. Al principio del segundo capítulo («Los bolcheviques, del conflicto ideológico a la guerra civil») yo analizo el enfrentamiento que tiene lugar en ocasión de la paz de Brest-Litovsk. Bujarin denuncia la «degeneración campesina de nuestro partido y del poder soviético»; unos bolcheviques causan baja del partido; otros hasta declaran carente de valor el poder soviético mismo. En línea opuesta, Lenin expresa su indignación por estas «palabras extrañas y monstruosas». Ya en sus primeros meses de vida, la Rusia soviética ve desarrollarse un conflicto ideológico

que resulta de extrema aspereza y está a punto de transformarse en guerra civil. Y con mucha más facilidad se transformará en guerra civil –observo en mi libro– una vez que, con la muerte de Lenin, «viene a faltar una autoridad indiscutible». Al contrario –agrego– según un ilustre historiador burgués (Conquest) ya en aquella ocasión Bujarin acariciaba la idea de un golpe de Estado. ¿Cómo responde Marie a todo esto? De nuevo exhibe toda su erudición de gran y, quizás, máximo experto en «trotskismología», pero no hace ningún esfuerzo por responder a las preguntas que se imponen: si el enfrentamiento mortal que más tarde lacera el grupo dirigente bolchevique es culpa solo de Stalin (el pensamiento primitivo no puede culparse del chivo expiatorio), ¿cómo explicar el duro intercambio de acusaciones que ve a Lenin condenar por «monstruosas» las frases pronunciadas por los fustigadores de la «degeneración» del partido comunista y del poder soviético? ¿Y cómo explicar el hecho de que Robert Conquest, quien ha



dedicado toda su existencia a demostrar la infamia de Stalin y de los procesos de Moscú, habla de un proyecto de golpe de Estado contra Lenin, cultivado o acariciado por Bujarin?

No sabiendo qué responder, Marie me acusa de manipulación, e incluso escribe que, al referirme a la idea de golpe de Estado acariciada por Bujarin, solo me remito a mí mismo. No tengo tiempo que perder con los insultos. Me remito a un historiador (Conquest) que no es inferior a Marie ni en erudición ni en fervor antiestalinista.

2. De qué manera los trotskistas al estilo Marie insultan a Trotsky

Con la muerte de Lenin y la consolidación del poder de Stalin, el conflicto ideológico se convierte cada vez más en una guerra civil: la dialéctica de Saturno, que de un modo u otro se manifiesta en todas las grandes revoluciones, desgraciadamente no perdona ni siquiera a los bolcheviques. Desarrollo esta tesis en la segunda parte del segundo capítulo, citando una serie de personalidades bien distintas entre ellas (que revelan la existencia de un aparato clandestino y militar puesto en pie por la oposición) y citando sobre todo a Trotsky. Sí, es Trotsky en persona quien declara que la lucha contra «la oligarquía burocrática» estaliniana «no admite solución pacífica». Es él mismo quien proclama que «el país se dirige manifiestamente hacia una revolución», hacia una guerra civil y que, «en el ámbito de una guerra civil, el asesinato de ciertos opresores ya no pertenece al terrorismo individual», sino que es parte integrante de la «lucha mortal» entre los bloques opuestos. Como puede verse, al menos en este caso, es el propio Trotsky quien pone en crisis la mitología del chivo expiatorio.

Puede comprenderse el embarazo muy particular de Marie. ¿Y entonces? Ya conocemos el alarde de erudición como cortina de humo. Vayamos a la esencia. Entre las numerosas y diversas personalidades citadas por mí, Marie escoge dos: a una (Malaparte) la considera incompetente, a la otra (Feuchtwanger) la cataloga de agente sobornado al servicio del criminal e imbécil que está sentado en el Kremlin. Y así se hace el juego: la guerra civil ha desaparecido y de nuevo el primitivismo del chivo expiatorio puede celebrar sus triunfos. Pero, negarse a tomar en consideración los argumentos adoptados por un gran intelectual como es Feuchtwanger, para catalogarlo de agente sobor-

nado al servicio del enemigo: ¿no es este el modo de proceder generalmente considerado «estalinista»? Y sobre todo: ¿qué debemos pensar del testimonio de Trotsky, que habla de «guerra civil» y de «lucha mortal»? ¿No resulta una paradoja que el gran especialista y el sumo sacerdote de la «trotskismología» constriña al silencio a la divinidad venerada por él? Sí, pero no es la única paradoja, y tampoco la más estrepitosa. Veamos: Trotsky no solo compara a Stalin con Nicolás II, sino que va más allá: en el Kremlin está sentado un *provocateur au service* de Hitler», o bien «*le majordome* de Hitler». Y Trotsky, que se vanagloriaba de tener muchos seguidores en la Unión Soviética, y que, más bien, según Broué (biógrafo y hagiógrafo de Trotsky) estaba decidido a infiltrar a sus «fieles» incluso dentro de la GPU, ¿Trotsky no haría nada para derrocar el poder contrarrevolucionario del nuevo zar o del siervo del Tercer Reich? Marie termina por dibujar a Trotsky como un simple parlanchín que se limita a fanfarronear en la taberna, o bien como un revolucionario carente de coherencia y hasta pálido y vil. ¡La paradoja más estrepitosa es que yo, de hecho, estoy obligado a defender a Trotsky contra ciertos apologistas suyos!



Stalin, con su hija Svetlana, 1935

Digo «ciertos apologistas suyos» porque no todos son tan pocos entendidos como Marie. A propósito de la despiadada «guerra civil» que se desarrolla entre los bolcheviques, mi libro observa:

«Estamos en presencia de una categoría que constituye el hilo conductor de la investigación de un historiador ruso (Rogovin) de segura y declarada fe trotskista, autor de una obra monumental en varios volúmenes, dedicada, precisamente a la reconstrucción detallada de esta guerra civil. En ella se habla, a propósito de la Rusia soviética, de “guerra civil preventiva” desencadenada por Stalin contra aquellos que se organizan para derrocarlo. Esta guerra civil se manifiesta incluso más allá de la URSS, y a ratos se desencadena en el ámbito del frente que combate contra Franco; y, de hecho, con referencia a la España de 1936-1939, se habla no de una, sino de “dos guerras civiles”. Con gran honestidad intelectual y valorando el nuevo y rico material documental disponible, gracias a la apertura de los archivos rusos, el autor aquí citado llega a esta conclusión: “Los procesos de Moscú no fueron un crimen inmotivado y a sangre fría, sino la reacción de Stalin en el curso de una aguda lucha política”».

Polemizando con Alexandr Solzhenitsin, que describe a las víctimas de las purgas como un conjunto de “conejos”, el historiador trotskista ruso comenta una octavilla de los años 30 llamaba a expulsar del Kremlin “al dictador fascista y a su banda”. Después comenta: «Incluso desde el punto de vista de la legislación rusa hoy en vigor, esta octavilla debe ser juzgada como un llamamiento al derrocamiento violento del poder (más exactamente de la cúpula dirigente)». En conclusión, lejos de ser expresión de “un acceso de violencia irracional e insensato”, el terror sanguinario desencadenado por Stalin es en realidad el único modo en que él logra plegar la “resistencia de las verdaderas fuerzas comunistas”».

Así se expresa el historiador ruso. Pero Marie, con tal de no renunciar a su primitivismo y a la investigación del chivo expiatorio (Stalin), sobre el cual hace converger todos los pecados del Terror y de la Unión Soviética en su conjunto, prefiere seguir las huellas de Solzhenitsin y representar a Trotsky como un «conejo».

3. *¿Traición o contradicción objetiva? La lección de Hegel*

En el ámbito del cuadro que he trazado, quedan establecidos los méritos de Stalin: él comprendió una serie de puntos esenciales: la nueva fase histórica que se abría con la derrota de la revolución en Occidente; el peligro de colonización esclavista que se cernía sobre la Rusia soviética; la urgencia de superar el atraso con respecto a Occidente; la necesidad de adquirir la ciencia y la tecnología más avanzadas, y la conciencia de que la lucha por tal adquisición puede ser, en determinadas circunstancias, un aspecto esencial y hasta decisivo de la lucha de clases; la necesidad de unir patriotismo e internacionalismo, y comprender que una lucha victoriosa de re-

sistencia y de liberación nacional (como lo fue la Gran Guerra Patria) constituye, al mismo tiempo, un aporte fundamental a la causa internacionalista de la lucha contra el imperialismo y el capitalismo. Stalingrado estableció las premisas para la crisis del sistema colonial a escala planetaria. El mundo de hoy está caracterizado por las crecientes dificultades del propio neocolonialismo; por el avance de países como China y la India, y más en general, de las civilizaciones en su momento subyugadas o destruidas por Occidente; por la crisis de la doctrina Monroe y por el esfuerzo de algunos países latinoamericanos para vincular la lucha contra el imperialismo y construcción de una sociedad poscapitalista. Entonces, este mundo no es imaginable sin Stalingrado.

Y no obstante, una vez dicho esto, es posible comprender la tragedia de Trotsky. Después de haber reconocido el gran papel desempeñado por él en el curso de la Revolución de Octubre, mi libro describe así el conflicto que se vino a determinar con la muerte de Lenin:

«De ser todavía posible un poder carismático, su realización más probable descansaba en la figura de Trotsky, genial organizador del Ejército Rojo, brillante orador y escritor que pretendía encarnar las esperanzas de triunfo de la revolución mundial, de la que hacía descender la legitimidad de su aspiración a gobernar el partido y el Estado. Stalin era sin embargo la encarnación del poder legal-tradicional que con esfuerzo intentaba afianzarse: al diferencia de Trotsky, llegado tarde al bolchevismo, Stalin representaba la continuidad histórica del partido protagonista de la revolución y por tanto detentor de la nueva legalidad; por añadidura, afirmando la posibilidad del socialismo también en un sólo (gran) país, Stalin daba una nueva dignidad e identidad a la nación rusa, que superaba así la temible crisis –de ideas además de económica– sufrida tras la derrota y el caos de la primera guerra mundial, para encontrar finalmente una continuidad histórica. Pero precisamente por esto los adversarios proclamaban la “traición” consumada, mientras que para Stalin y sus seguidores los traidores eran todos aquellos que con el riesgo que suponía facilitar la intervención de las potencias extranjeras, ponían en peligro en última instancia la supervivencia de la nación rusa, que era al mismo tiempo la vanguardia de la causa revolucionaria. El choque entre Stalin y Trotsky es el conflicto no solamente entre dos programas políticos sino también entre dos principios de legitimación».

Llegados a un cierto punto, frente a la novedad radical del marco nacional e internacional, Trotsky se convence (injustificadamente) de que en Moscú ha habido una contrarrevolución y actúa en consecuencia. En el cuadro trazado por Marie, por el contrario, Trotsky y sus seguidores, a pesar de que han



logrado infiltrarse en la GPU y en otros sectores vitales del aparato estatal, se dejan derrotar y masacrar, sin combatir, por el contrarrevolucionario criminal e idiota que se ha instalado en el Kremlin. No hay duda de que esta es la lectura que hay que ridiculizar, en especial por Trotsky, empujando y volviendo mezquinos e irreconocibles a todos los protagonistas de la gran tragedia histórica que se ha desarrollado sobre la ola de la revolución rusa (como de toda gran revolución).

Con el fin de comprender de manera adecuada esta tragedia, hay que apoyarse en la categoría de contradicción objetiva, teniendo en cuenta por Hegel (y por Marx). Desgraciadamente, por el contrario –observa mi libro– Stalin y Trotsky comparten la misma pobreza filosófica, no logran ir más allá del intercambio recíproco de la acusación de traición.

«De un lado y de otro, más que dedicarse a un arduo análisis de las contradicciones objetivas y de las opciones contra-

puestas, así como de los conflictos políticos que sobre ellas se desarrollan, se prefiere recurrir apresuradamente a la categoría de traición y, en su forma extrema, el traidor se convierte en agente consciente y valioso para el enemigo. Trotsky no se cansa de denunciar “el complot de la burocracia estaliniana contra la clase obrera”, y el complot es aún más despreciable por cuanto que “la burocracia estaliniana” no es sino “un aparato de transmisión del imperialismo”. No es necesario decir que a Trotsky se le paga con la misma moneda: él mismo se lamenta al verse descrito como “agente de una potencia extranjera”, pero etiqueta a su vez a Stalin de “agente provocador al servicio de Hitler”».

Mucho menos dispuesto a analizar la categoría de «traición» está Marie, quien de hecho ironiza sobre mi frecuente remisión a Hegel. ¿Quién es el “estalinista” en el presente debate?

4. El método comparativo como instrumento de lucha contra las falsificaciones de la ideología dominante

Hasta aquí hemos visto en el gran experto de «trotskismología» un arde de erudición en fin en sí misma, o bien utilizada como cortina de humo. No obstante, Marie necesita reconocer un razonamiento, o mejor, un intento de razonamiento. En cuanto yo enfrento los crímenes de Stalin o los atribuidos a él con los perpetrados por el Occidente liberal y sus aliados, Marie objeta: «Así, en la patria triunfante del socialismo (porque para Losurdo el socialismo floreció en la URSS), que llevó a cabo la unidad de los pueblos, es normal que se utilicen los mismos procedimientos que emplean los jefes de los países capitalistas, o un oscurantista feudal, o incluso el Zar Nicolás II.». Examinemos esta objeción. Pero dejemos aparte las imprecisiones, las interpretaciones forzadas o los verdaderos malentendidos. En ninguna parte hablo de la URSS o de otro país como «la patria triunfante del socialismo»; al contrario, en mis libros he escrito que el socialismo es un «proceso de aprendizaje» difícil y para nada concluido. Pero concentrémonos en lo esencial. A partir de la Revolución de Octubre y hasta nuestros días, es constante la tendencia de la ideología dominante a demonizar todo lo que tiene cualquier relación con la historia del comunismo. Como he señalado en mi libro, durante una época Trotsky fue catalogado (por ejemplo, por Goebbels) como la persona «sobre cuya conciencia recae quizás el número más alto de crímenes que jamás haya pesado sobre un hombre»; posteriormente esta ignominiosa primacía fue atribuida a Stalin y hoy se atribuye a Mao Tsé Tung; también han sido incriminados Tito, Ho Chi Minh, Castro, etcétera. ¿Debemos sufrir esta «demonización» que, como sostengo en el último capítulo de mi libro, es solo la otra cara de la «hagiografía» del capitalismo y del imperialismo?



Veamos de qué manera reacciona Marx a esta manipulación maniquea. Cuando la burguesía de su época –tomando como punto de partida el asesinato de los rehenes y el incendio provocado por los Comuneros– denuncia la Comuna de París como sinónimo de barbarie infame, Marx responde que las prácticas de la captura (y del eventual asesinato) de los rehenes y de la provocación de incendios habían sido inventadas por las clases dominantes y que, por tanto, en lo que respecta a los incendios, había que distinguir entre «vandalismo de una defensa desesperada» (el de los comuneros) y «vandalismo del triunfo».

Marie me hace demasiado honor cuando polemiza sobre este punto conmigo: sería bueno que se enfadara directamente con Marx. O bien, podría enfadarse con Trotsky, que procede del mismo modo que se me reprocha: en el librito *Su moral y la nuestra*, Trotsky se remite al Marx ya citado por mí y, para refutar la acusación según la cual los bolcheviques y solo ellos se inspiran en el principio que reza «el fin justifica los medios» (violencia y brutales), cita como argumento a favor del comunismo hasta... de Lutero, protagonista de la guerra de exterminio contra Müntzer y los campesinos.

Pero Marie –atrapado como está por el culto a la erudición– no reflexiona ni siquiera sobre los textos de sus autores predilectos. Y de hecho, se muestra irónico conmigo, dando a su intervención el título «¡El socialismo del Gulag!». Naturalmente, con esa misma ironía se podría hacer burla de la Rusia soviética de Lenin (y de Trotsky): «El socialismo (o la revolución socialista) de la Cheka», o bien «El socialismo (o la revolución socialista) de la captura de rehenes» (téngase presente que, en su libro *Su moral y la nuestra*, Trotsky se ve obligado a defenderse incluso de la acusación de haber recurrido a esa práctica). En realidad, con la ironía de la que gusta Marie, se puede liquidar cualquier revolución. Entonces tenemos: «La Comuna de los rehenes fusilados», «La libertad y la igualdad de la guillotina», etcétera, etcétera. Por otra parte, no se trata de ejemplos imaginarios: así es como la tradición de pensamiento reaccionario ha liquidado la revolución francesa (y sobre todo el jacobinismo), la Comuna de París, la revolución rusa, etcétera.

Marx ha sintetizado la metodología del materialismo histórico afirmando que «los hombres hacen su historia por sí mismos, pero no en circunstancias escogidas por ellos». En lugar de partir de estas lecciones para investigar los grandes morales, los crímenes de los protagonistas de toda gran crisis histórica, Marie formula esta simple alternativa: o los movimientos revolucionarios son soberanamente superiores, y más aún, milagrosamente trascendentes respecto al mundo

histórico y a las contradicciones y a los conflictos del mundo histórico, en cuyo ámbito se desarrollan; o bien aquellos movimientos revolucionarios son un fracaso completo y un engaño total. Y así, la historia de las revoluciones en su conjunto se configura como la historia de un único, ininterrumpido y miserable fracaso y engaño. Y una vez más, Marie se coloca en el cauce de la tradición de pensamiento reaccionario.

5. *El socialismo como proceso de aprendizaje trabajado e incompleto*

He dicho que la construcción del socialismo es un proceso de aprendizaje trabajado e incompleto. Pero justo por eso, hay que empeñarse en formular respuestas: ¿el socialismo y el comunismo implican la desaparición total de la identidad y hasta de las lenguas nacionales, o bien tiene razón Castro, según el cual los comunistas han cometido el error de subvalorar la influencia que continúa ejerciendo la cuestión nacional, incluso después de la revolución antiimperialista y anticapitalista? ¿En la sociedad del futuro previsible ya no habrá lugar para ningún tipo de mercado y tampoco para el dinero, o bien debemos tener en cuenta la lección de Gramsci, según el cual es necesario tener presente el carácter «determinado» del «mercado»? Con relación al comunismo, en unas ocasiones Marx habla de «extinción del Estado»; en otras, de «extinción del Estado en el actual sentido político»: son dos fórmulas sensiblemente distintas entre sí; ¿en cuál de las dos nos podemos inspirar? Son estos problemas los que provocaron entre los bolcheviques, primero, un áspero conflicto ideológico y después, la guerra civil; y hay que responder a estos problemas si se quiere dar credibilidad al proyecto revolucionario comunista, para evitar las tragedias del pasado. Y es con ese espíritu que yo he escrito antes *¿Fuga de la historia? La revolución rusa y la revolución china hoy*, y después *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*. Sin enfrentar tales problemas no se podrá ni comprender el pasado ni proyectar el futuro. Sin enfrentar tales problemas, aprender de memoria hasta los detalles mínimos de la biografía (o de la hagiografía) de este o aquel protagonista de octubre de 1917, servirá solo para reconfirmar la profundidad de la sentencia predilecta de Clemenceau: así como la guerra es una cosa demasiado seria para confiársela a los generales y a los especialistas de la guerra, del mismo modo la historia de la tragedia misma de Trotsky (para no hablar de la historia grande y trágica del movimiento comunista en su conjunto) es una cosa demasiado seria para confiársela a los especialistas y a los generales de la trotskismología ■

Traducción del italiano de Marcia Gasca Hernández.

